



A una boca celosa

I

Cuando la clara tarde manileña
su dulce luz en el pnciente apaga,
en tu boca fresquísimas y risueñas
herida roja, en carne de sampaga,
brilla un mohín celoso de inquietud
—suave, como el humilde atardecer—
de la noche canción de juventud
que se quema en tu carne de mujer.

Y en tu boca, celosa, se adivina
que sufres esperando mi regreso
una crisis nerviosa y femenina
de las que mueren al gustar un beso.

II

No me importa ni hiere ese glacial
desdén, ante mi escusa peregrina...
Al tomar un rósal del rósal
nunca pienso en la herida de la espina.

Ten celos.

Un pañuelo de batista
pagará la inquietud que te devora
cuando el cielo teñido de amatista
rima con la tristeza de la hora.

Ten celos

que muy pronto tu sonrisa
mientras la luna en el jardín nos cela,
florece dulcísima y sumisa
hasta que el día nos sorprenda en vela
dando mi vida, de la tuya avara,
en un glorioso alarde; en los valientes
escarceos de amor, donde una clara
luz, al besar fulgura de los dientes.

Ejerciendo el amable magisterio
de vencer la amargura de tus duelos
sin tomar tus palabras muy en serio.

No me importa, celosa, de tus celos
si en la florida noche manileña
tu boca, en besos silenciosos maga,
en coqueteo delicioso enseña
que la herida que sangra en mi sampaga
pueder hacerse por celos más pequeña...